

# Pensar (en) género

## Teoría y práctica para nuevas cartografías del cuerpo

Carmen Millán de Benavides  
Ángela María Estrada Mesa

### Editoras

Millán de Benavides, Carmen  
Pensar (en) género : Teoría y práctica para nuevas cartografías del cuerpo / Carmen  
Millán de Benavides y Ángela María Estrada Mesa. -- Bogotá : Editorial Pontificia  
Universidad Javeriana, 2004.  
389 p. il., tablas.  
Incluye referencias bibliográficas.  
ISBN: 958-683-737-8

I. TEORÍA FEMINISTA. 2. FILOSOFÍA FEMINISTA. 3. GÉNERO -  
ASPECTOS SOCIALES. 4. MUJERES - CUESTIONES SOCIALES Y MORALES.  
5. DERECHOS ECONÓMICOS, SOCIALES Y CULTURALES DE LA MUJER.  
6. DERECHOS DE LA MUJER. I. Estrada Mesa, Ángela María. II. Millán de  
Benavides, Carmen. III. Hubbard, Ruth. IV. Carstairs, Anita. V. Viveros Viqueza,  
Mar. VI. Larcus, Teresa de. VII. Arango Gaviria, Luz Gabriela. VIII. Butler, Judith.  
IX. McDowell, Linda. X. Heintz, Marlon. XI. Connell, David. XII. León, Magdalena.  
XIII. Aloff, Linda. XIV. Pontificia Universidad Javeriana. Instituto Pensar. XV.  
Editorial Pontificia Universidad Javeriana.

CDD 305.43 ed. 21

Catálogo en la publicación - Pontificia Universidad Javeriana. Biblioteca General

# Género y genitalia: Construcciones de sexualidad y género\*

Ruth Hubbard  
Biological Laboratories  
Harvard University, Cambridge, MA 02138

\* Artículo publicado en *Science Wars*, Andrew Ross. Durham, NC, Duke University Press, 1996.

lo que se naturaliza se vuelve la cultura que hace posible la existencia de cosas científicas y de sus oportunidades de adquirir poder de liberar o someter a otros. Cualquier otra actividad humana nos dice: la ciencia es una lucha por obtener reconocimiento y estatus y en ella esta meta se alcanza mediante la publicación de hechos de la naturaleza y la publicación de estos trabajos en revistas indexadas que contribuyen a dar puntos y permanencia (Lacey) en el mundo académico. Lo que permite la pertenencia a asociaciones académicas hacen esos premios nacionales e internacionales. En esta posición extrema se encuentran en la caricatura que recientemente han ofrecido los científicos positivistas aquella que la ciencia hace o no refleja la verdad acerca de que la naturaleza es independiente para la verdadera ciencia en la que se hallan convenciones (Gross y Levitt).

Como feminista y científica soy bastante consciente acerca de nuestra corporatividad y acerca del hecho de nuestra pertenencia al mundo natural. Me siento como si la naturaleza existiera. Pero ella no quiere decir que los métodos de observación científica nos den acceso inmediato a la verdad acerca del funcionamiento de nuestra cuerpo o de otros partes de la naturaleza. Obviamente la forma como funciona nuestro cuerpo afecta la manera como pensamos, incluidos los tipos de ciencia que hacemos y la forma como la hacemos. Nuestra cultura

Investigadores y profesionales de las ciencias intentan diferenciar en la actualidad los conceptos de "innato" y "adquirido", y establecer las relaciones entre ambos. (Cronon; Soulé y Laese; Birke Y Hubbard). Existe una amplia gama de opiniones en la discusión de estos asuntos y cada una de las posiciones es apasionadamente defendida por quienes la proponen. Muchos reconocen que nuestros conceptos de naturaleza reflejan un sistema cultural que define la forma en la cual los seres humanos hacemos parte y nos relacionamos con la naturaleza. Hacemos énfasis en el hecho de que las diversas culturas pueden ver la naturaleza como inanimada, amigable, neutral y ajena, como madre, recurso, deidad, etc. De hecho muchas de estas concepciones, aun siendo contradictorias, coexisten en muchas culturas y en muchas personas. Además, damos por sentado que en el esfuerzo de entender la naturaleza, las bases ideológicas de la ciencia y su práctica reflejan esas formas de conceptualizarla. Ellas determinan qué es relevante e interesante en investigación, y qué es trivial y sin interés investigativo. Tanto los santos griales de la ciencia como la basura científica se originan en la cultura.

No importa cuán difícil sea reconciliar las posiciones según las cuales la ciencia está inserta en el tejido cultural con aquéllas más tradicionales y positivistas acerca del progreso de la misma, lo que realmente ocasiona controversias estimulantes es la existencia de la sociología de la ciencia; en sus posiciones extremas, y debido a la lucha de los académicos que buscan insertarse en el sistema de poder académico, el análisis social de la ciencia elimina el concepto de naturaleza: intentar entender

lo que es naturaleza se vuelve la excusa que hace posible la existencia de centros científicos y de sus oportunidades de adquirir poder, de florecer o morir. Como cualquier otra actividad humana, nos dicen, la ciencia es una lucha por adquirir reconocimiento y estatus, y en ella esta meta se alcanza mediante la transformación de hechos de la naturaleza y la publicación de estos trabajos en revistas indexadas que contribuyen a dar puntos y permanencia (*tenure*) en el proceso de clasificación académica, lo que permite la pertenencia a asociaciones científicas, y hacen ganar premios nacionales e internacionales. En esta posición extrema, y especialmente en la caricatura que recientemente han ofrecido los científicos positivistas, aquello que la ciencia hace, o no, refleja la verdad acerca de que la naturaleza es irrelevante para la verdadera empresa en la que se hallan comprometidos "los de la izquierda" (Gross y Levitt).

Como feminista y científica, soy bastante consciente acerca de nuestra corporalidad y acerca del hecho de nuestra pertenencia al mundo natural. Mi cuerpo existe y la naturaleza existe. Pero ello no quiere decir que los métodos de observación científica nos den acceso inmediato a la verdad acerca del funcionamiento de nuestro cuerpo o de otras partes de la naturaleza. Obviamente, la forma como funciona nuestro cuerpo afecta la manera como trabajamos, incluidos el tipo de ciencia que hacemos y la forma como la hacemos. Nuestros órganos sexuales, el color de nuestra piel, nuestra estatura, nuestro peso, nuestros músculos y sistema óseo, y todo lo que conforma nuestra suma de incapacidades físicas afecta profundamente nuestra posición social y económica y nuestros compromisos a corto y largo término. En la medida en que estas variantes reflejan y afectan nuestras naturalezas física y psicológica, nuestra naturaleza y la naturaleza dentro de la cual funcionamos afecta nuestra vida a todo nivel y de todas las formas posibles. Pero la manera como la naturaleza se codifica dentro de la ciencia depende de quien observa y de quien interpreta.

Aunque la naturaleza es real y material, nuestras descripciones y nuestra comprensión de ella están mediadas por la cultura de la ciencia. Al habilitar a un gran número de personas no sólo para entender la ciencia sino para participar en la elaboración de su agenda y en su práctica, se producirá un desarrollo importante en nuestra comprensión de la naturaleza. La gente que vive y trabaja fuera de las instituciones en las que tradicionalmente se piensa acerca de la ciencia puede contribuir con nuevas preguntas, respuestas e ideas acerca de la naturaleza, que la cultura de la ciencia ha ignorado hasta ese momento. Además, los científicos han sido casi siempre un grupo homogéneo en cuanto a género, raza y clase, así como en educación y aspiraciones profesionales. La razón por la cual consideran estos factores irrelevantes en su esfuerzo por entender la naturaleza radica, claro está, en la supuesta objetividad de la ciencia. De hecho, las metodologías de la ciencia

experimental minimizan los prejuicios que surgen de las idiosincrasias individuales que podrían dificultar la repetición de observaciones científicas. Pero los métodos de investigación científica no están a prueba contra los prejuicios sistemáticos que surgen de los compromisos compartidos por segmentos importantes de la profesión y la cultura.

Los prejuicios son generalmente más vulgares (aunque no necesariamente más obvios) en relación con el asunto que supone la interrelación entre biología y sociedad y, por tanto, la mayoría de los asuntos relacionados con la biología humana y la medicina son especialmente prevalentes y bien ocultos cuando se trata de entender el sexo y el género, ya que en las sociedades occidentales el sexo y las diferencias sexuales son el amarre de nuestras concepciones acerca de nosotros mismos y de nuestra cultura.

En este ensayo presento un caso de estudio sobre los efectos que la construcción de un prejuicio tiene sobre los resultados científicos. Discutiré algunos avances recientes de la forma como las ciencias sociales y biológicas han construido las ideas de sexo y género. Al hacerlo, acepto la distinción corriente según la cual el sexo —femenino o masculino, hombres o mujeres— es definido en términos de cromosomas (XX y XY), gónadas (ovarios o testículos) y genitales (la presencia/ausencia de vagina, generalmente presencia/ausencia de pene). El término género, especificado como femenino o masculino, se emplea para denotar los atributos psicosociales y las conductas que las personas desarrollan como resultado de lo que la sociedad espera de ellas dependiendo de si han nacido hembras o machos. Sin embargo, como Kessler y McKenna y Barbara Fried han señalado, los conceptos de sexo y género generalmente se sobreponen y son borrosos, no sólo en el habla cotidiana sino también en la literatura científica. Así, nótese cómo en el clásico libro de Money y Ehrhardt, *Man and Woman, Boy and Girl*, el subtítulo confunde los conceptos (*Diferenciación y dimorfismo en identidad de género desde la concepción hasta la madurez*), pues obviamente la concepción es una etapa muy temprana como para encontrar en ella alguna identificación de género.

No todos los idiomas tienen palabras diferentes para sexo y género pero el hecho de que el inglés las tenga puede haber animado a los científicos estadounidenses a desenredar y separar los aspectos biológicos de los psicosociales en las diferencias sexuales. Pero, como en todos los intentos de separación entre *nature* y *nurture*,<sup>1</sup> la confusión va más allá de lo meramente lingüístico. El asunto es que muchas de las manifestaciones que asumimos o llamamos innatas son moldeadas o al menos influidas por factores culturales, mientras que muchas de las manifes-

<sup>1</sup> *Nature* se traduce como naturaleza y *nurture* como crianza o como la acción de alimentar para propiciar el crecimiento. El juego de palabras es intraducible conservando la semejanza auditiva de los dos términos en inglés.

taciones que atribuimos a la crianza son producto de factores biológicos -genes, hormonas, etc.-. En general, aquello que atribuimos a la naturaleza no es menos inmune al cambio que aquello que atribuimos a la socialización.<sup>2</sup> De hecho, en esta era tecnológica y biomédica, algunos factores biológicos son más sencillos de manipular y cambiar que aquello que se cree refleja las fuerzas tradicionales y las instituciones culturales o aspectos que se han enraizado como creencias profundas. Con estas salvedades, acepto en los párrafos que siguen la borrosa distinción entre sexo y género.

El sexo es generalmente asignado cuando se observa si el recién nacido tiene o no pene. Si lo tiene, es un niño; si no lo tiene es una niña. El género se desarrolla con el tiempo, y la creencia aceptada tanto en las ciencias sociales como en la literatura médica es que, por salud psíquica y a fin de lograr un desarrollo coherente de la identidad de género, los infantes deben saber que son niños o niñas para el momento en que sus habilidades lingüísticas han alcanzado el nivel adecuado -a los dos o dos años y medio-.

En esta formulación desarrollista que refleja la biología reproductiva -pero no otras posibilidades biológicas-, se halla envuelto y sin cuestionar el paradigma binario según el cual sólo hay dos categorías de personas -mujeres y hombres- a los cuales toda la gente pertenece. La socialización y la experiencia enfatizan las características apropiadas en cada género. Veamos ahora esta situación en detalle.

Cuando de sexo se trata, la idea occidental según la cual sólo hay dos proviene de la asociación cultural entre sexo y procreación. Este vínculo, si no es el resultado directo de las doctrinas religiosas occidentales está, con toda seguridad, reforzado por ellas. Pero tal concepto no refleja la realidad biológica. La bióloga Anne Fausto-Sterling estima que aproximadamente entre el uno y el dos por ciento de las personas nace con características sexuales mezcladas o ambiguas aunque es obviamente muy difícil saber los porcentajes con exactitud. Las ambigüedades pueden llegar hasta el hermafroditismo, como en el caso de bebés que nacen con un ovario y un testículo, o los llamados ovotestículos, órganos que contienen las dos clases de tejidos. También se presentan inconsistencias entre sexo genital, cromosómico y gonádico.

Por ejemplo, los tejidos de algunos infantes nacidos con cromosomas XY, que como embriones desarrollaron testículos, no se diferencian de la manera usual como respuesta a las hormonas que sus testículos producen. Aunque "masculinos", de acuerdo con cromosomas y gónadas, estos niños desarrollan vagina, aunque atrofiada en algunos. En la jerga médica se dice que esos bebés tienen insensibilidad andrógina y, como nacen pareciendo mujeres, generalmente son

<sup>2</sup> Para una discusión detallada, véase la introducción y el capítulo noveno del libro de Ruth Hubbard *The Politics of Women's Biology*.

designados como niñas y crecen como tales. De acuerdo con el tratamiento médico que encuentren a su disposición pueden crecer sin notar la presencia de testículos u otras anomalías hasta llegar a la pubertad, cuando no comienzan a menstruar. Pueden, sin embargo, desarrollar senos, pues el hígado secreta las hormonas necesarias para ello.

En una variación análoga, algunos embriones XX (femenino) tienen el llamado *síndrome* adrenogenital por el cual sus glándulas secretan cantidades excesivas de las llamadas hormonas masculinas o andrógenos (Oudshoorn 163-86). Así, como embriones desarrollan ovario y útero, pueden o no tener labios vaginales y el clítoris puede ser tan alargado que luce como un pene. Al nacer, esos bebés pueden ser categorizados como niños o considerados ambiguos en cuanto a su sexo. La existencia de varias formas intermedias ha llevado a Fausto-Sterling a referirse a los cinco sexos, aunque es posible que existan muchos más (20-24).

Existen otras formas intermedias. Por ejemplo, en varios poblados de la República Dominicana algunos niños que son cromosómicamente XY, y que embrionariamente han desarrollado testículos, manifiestan una variación genética en la cual se impide la transformación de su testosterona en dehidotestosterona (DHT). Como la DHT es la forma de testosterona que generalmente sirve para masculinizar ciertos aspectos externos de los genitales en los embriones XY, estos infantes nacen luciendo como niñas y son socializados como niñas. Sin embargo, cuando llegan a la pubertad, la testosterona produce sus efectos: los testículos descienden hacia lo que se pensaba eran los labios de la vagina, la voz cambia y adquiere el timbre masculino y el clítoris se transforma en pene. Los médicos estadounidenses que describieron por primera vez la situación reportaron que aunque estos niños habían crecido como niñas, la mayoría de ellos aceptaba su transformación en niños y eran aceptados como del sexo masculino por su entorno social. Ellos cambiaron no sólo su sexo sino su identidad sexual y se convirtieron en masculinos biológica y sexualmente (Imperato-McGinley et al. 1235-36).

La publicación de este hallazgo abrió un gran debate sobre esta situación. El grupo original de científicos estadounidenses parece no haber notado su inmersión en el paradigma binario de sexo y de género, y no preguntó a la gente dentro de la cual este caso se estudió, qué pensaba acerca de las diferencias sexuales, la inmutabilidad del sexo y las relaciones entre sexo y género.

El hecho es que los habitantes de las regiones donde el caso fue estudiado tienen un término para llamar a las personas que pasan por este cambio. Les llaman “guevedoche” (huevos a los doce) o “machihembra”. Estos términos reflejan que ellos no consideran a las personas como hombres o mujeres sino en una tercera categoría, un tercer sexo. El intento de describir el sistema dominicano en términos de nuestro sistema binario ha sido criticado por antropólogos como Gilbert

Herdt (419-45). Él señala que la falta de cuidado de los investigadores biomédicos puede haber distorsionado la visión que los pobladores de las zonas en las que se documentó el hallazgo tenían antes de la llegada de los científicos, y que tal distorsión hará imposible saber cómo conceptualizaban la situación en términos de codificación, sexo o género (si la distinción tenía alguna validez entre ellos).

Herdt describió un hermafroditismo con el mismo origen biológico entre algunos pueblos originarios de Nueva Guinea, entre quienes existe un tercer sexo. Sin embargo, Herdt señala que los sambia, el grupo más estudiado, ponen un mayor esfuerzo en detectar esa condición, lo que muestra que a veces es posible identificar los genitales masculinos. Si los encuentran, ellos llaman a estos niños al nacer *kwolu-aatmwol* (los que se vuelven hombres). Aunque estos niños lucen como niñas y son marcados como *kwolu-aatmwol*, o tercer sexo, son criados como hombres desde el comienzo. En ocasiones, si un *kwolu-aatmwol* es especialmente dotado es honrado como shaman o guerrero líder, pero la mayoría de ellos son vistos como un triste y misterioso giro de la naturaleza.<sup>3</sup> Sin embargo, como Herdt señala, hay maneras de incorporar las diferencias en identidades que no vemos, debido a nuestro propio sistema impregnado de ideas médicas que no nos permiten ir más allá del binomio femenino/masculino.

Otros ejemplos de la aceptación de la existencia de más de dos sexos ha sido documentado entre los indígenas norteamericanos, especialmente en los navajos y los zuni, entre quienes una persona puede ser *nadle* o *berdache*, como fueron llamadas por los colonizadores franceses, individuos que no tienen estatus especial, o son tenidos por hombres o mujeres. No es muy claro si un *berdache* era biológicamente un hermafrodita, un travesti o una persona disfrazada, así que no se puede saber si se trataba de un asunto de sexo o de género. Cualquiera que sea el caso, esas personas eran aceptadas como tercer sexo. Esto es valedero en el caso de las *hijras* de la India, quienes no son considerados como hombres o mujeres en su identidad sexual o de género, y pueden actuar como integrantes de un tercer grupo.

En el pasado, y en nuestra cultura, las personas cuya anatomía o funciones fisiológicas se hallaban en la zona intermedia que se viene explorando lo ocultaban, pues de hecho, una vez que su condición era conocida, su vida se volvía insoportable ya que los estadios intermedios no son aceptados en Occidente. En las décadas pasadas, y de acuerdo con el paradigma binario, las intervenciones médicas han tratado de corregir los genitales de los niños que presentan alguna forma de ambigüedad sexual.

No quiero juzgar el beneficio que producen esas soluciones médicas. Dada la presión social para que el sexo sea binario, toda persona debe ser hombre o mujer,

<sup>3</sup> Para algunos testimonios véase *Hermaphrodites With Attitude* (Spring 1995), publicado por la Intersex Society of North America, P.O.Box 31791, San Francisco, California, 94131.



y sólo padres muy extraños rechazarán la solución que se les ofrece para arreglar a su hijo, si los médicos les garantizan que la operación puede hacerse sin riesgo y con éxito. Hasta ahora hay poca información acerca del efecto que esa decisión tiene en las personas en su edad adulta.

La regla que parece operar en esas reconstrucciones médicas (construcciones, sería un término más apropiado), es concentrarse en la apariencia exterior de los genitales para hacerla parecer tan inequívocamente como sea posible masculina o femenina. Como el sexo cromosomático y gonádico es puesto en segundo plano y es más difícil construir un pene con apariencia de verdadero que una vagina (que es simulada mediante la creación de un saquito o un tubo), la mayoría de los niños nacidos con genitalia ambigua son “convertidos” en niñas. Se hacen algunos esfuerzos para dar gusto a los padres que desean un niño, pero dado que se puede obtener una niña verdadera en vez de un niño ambiguo, la mayoría de los padres optan por la niña.

Otra regla es que desde el comienzo los bebés tienen el sexo que los médicos han decidido asignarles. La ambigüedad parece un error menor que la naturaleza ha cometido, pero que la ciencia puede corregir. Así, los médicos buscan cuál es el sexo que es más fácil de asignar, de acuerdo con el que sea técnicamente más susceptible de cirugía, y se aferran a esa asignación. Si por alguna razón tienen que revisar su decisión, sostienen que el sexo del bebé fue siempre aquel que definitivamente consideran en ese momento y que cometieron un error al juzgarlo de otra manera. La meta es hacer que los padres sientan confianza en la femineidad o masculinidad intrínseca de su bebé lo antes posible, a fin de que puedan actuar de acuerdo con esa convicción para no poner en peligro la identidad de género del niño (Kessler 3-26).

De esta manera, como anota Suzanne Kessler: “la creencia de que el género tiene dos tipos exclusivos es mantenida y perpetuada por la comunidad médica frente a la incontrovertible evidencia física de que esto no es lo que dice la biología” (25). En otras palabras, nuestra dicotomía de género no fluye naturalmente de la dicotomía biológica de los sexos. La absoluta dicotomía de los sexos entre femenino y masculino, mujeres y hombres, es socialmente construida. El hecho de que insistamos en el modelo binario y permanentemente lo alentemos sólo indica que creemos que lo que para la gente es normal, su género, debe ser también binario y corresponder con su aparato genital. Cuando existen ambigüedades, cualquiera que sea su naturaleza, los genitales externos son los que definen el género y la socialización y el desarrollo de la persona. Kessler y McKenna resumen esta situación de la siguiente forma:

Los científicos construyen dimorfismo donde existe continuidad. Las hormonas, la conducta, las características físicas, los procesos de desarrollo, los cromosomas, las cualidades psicológicas han sido acomodados en la dicotomía de los sexos. El saber científico no da respuesta a la pregunta ¿qué hace que una persona sea un hombre o una mujer?, pero sí justifica (y parece dar base) al conocimiento que existe acerca de que un hombre es un hombre y una mujer es una mujer y no hay problema para diferenciarlos. Las diferencias biológicas, psicológicas y sociales no nos llevan a ver dos sexos. Nuestro ver dos sexos es lo que nos lleva al descubrimiento de las diferencias biológicas, psicológicas y sociales (163).

Si, como hemos visto, las diferencias sexuales no son tan tajantes, la situación es aún más confusa cuando pasamos al terreno del género. En nuestro lenguaje diario admitimos que las mujeres y los hombres pueden ser más o menos femeninos o masculinos. Y sabemos por experiencia que cada uno de nosotros juega con el género o “juega al género”. El grado de masculinidad o feminidad no está fijado de manera permanente sino que cambia a lo largo de la vida debido al paso del tiempo y las circunstancias sociales. Nuestra cultura no sólo acepta sino que admira las ambigüedades personificadas en Marlene Dietrich o Greta Garbo, o los deliberados juegos con el género de Grace Jones, David Bowie, k.d. lang, los Rolling Stones o Madonna, sólo para mencionar unos pocos ejemplos. Las películas y el teatro glorifican el travestismo, el disfraz, y nosotros mismos lo hacemos —y con cuánta gana— cuando asistimos a fiestas de disfraces. Cuando en 1960 apareció el estilo unisex fue toda una ruptura, pero en la actualidad es parte de nuestra cultura, de la misma manera que el travestismo y el disfraz producen salidas aceptadas para nuestros deseos y necesidades, para permitir que nuestra imaginación vuele en los reinos del sexo y del género (Garber).

Sin embargo, últimamente ha ocurrido un cambio radical, a medida que los teóricos y activistas han comenzado a señalar las fallas del modelo binario y hacen campaña por su abandono definitivo. Se exige una mayor fluidez, desligar género y aparato genital y hablar más bien de un arco iris de género. No hay razones valederas, dicen, para impedir a una persona vivir como un hombre o como una mujer por el hecho de haber nacido con un pene o con una vagina (Bornstein; Rothblatt).

No debe sorprender el hecho de que activistas y teóricos busquen sacar del campo médico las decisiones sobre el género y acabar con categorías psiquiátricas como los desórdenes de identidad de género o la *disphoria* de género. De otra parte, muchos de ellos quisieran tener libre acceso a hormonas y cirugía a fin de facilitar la transformación de sus anatomías de manera que su sexo/género sea borroso o cambie totalmente.

Algunos teóricos de trans-género, que solían ser llamados transexuales, prefieren la denominación “transgenérico”<sup>4</sup> Sin embargo, existe una gran diferencia entre las personas que actualmente se denominan transgenéricas y los antiguos transexuales, quienes en su mayoría repudiaban los genitales con los cuales habían nacido y señalaban que eran “hombres atrapados en el cuerpo de una mujer” o viceversa. Ese tipo de lenguaje probablemente era inducido por el entorno médico que exigía de ellos el tener ese sentimiento para hacerlos candidatos aceptables a un procedimiento quirúrgico de cambio de sexo.

Hasta hace poco, salvo por contadas excepciones como las de Jan Morris<sup>5</sup> o Renée Richards,<sup>6</sup> la mayoría de transexuales ocultaban el hecho de estar viviendo con un sexo diferente a aquel con el cual habían nacido, e inventaban una historia personal que acompañara esa identidad (cuando yo era niña, mi mamá acostumbraba a ...; mis amigas y yo en el colegio...). Pero a medida que las personas transexuales han salido del clóset, han reconocido sus verdaderas historias personales y buscan las implicaciones personales, políticas y teóricas de sus transformaciones. Como resultado de ello tanto la teoría como la situación de esas personas están cambiando.

Los testimonios de algunos de los transgenéricos contemporáneos ponen menos énfasis en los procedimientos quirúrgicos de su aparato genital y se concentran más en las satisfacciones asociadas a su condición de transgenéricos. Martine Rothblatt y Kate Bornstein dicen no haber rechazado los genitales masculinos con los cuales nacieron y no están especialmente preocupadas por este aspecto de sus transformaciones, sea que hayan sido sometidas a procedimientos quirúrgicos o no. Rothblatt escribe: “Yo aprendí que los genitales de uno no son lo mismo que el sexo de uno. Yo sentía el sexo como una vasta continuidad de personalidades posibles, una frontera poco explorada en miles de años de desarrollo de la humanidad” (164). Ella espera con ansiedad el desarrollo que permita el ciber-sexo, en el cual las personas podrán jugar con identidades de género y ... allanar el camino ...[para] la liberación de la limitación innata a un solo sexo” (153).

El reclamo de Janice Raymond según el cual los transexuales, cualquiera que fuese la dirección del cambio, reforzaban los estereotipos de género y representaban el máximo de apropiación masculina del cuerpo femenino, ya no parece ade-

<sup>4</sup> *Transgendered* o *transperson* en el original.

<sup>5</sup> Bautizado con el nombre de James Humphrey Morris en 1926, inició tratamiento hormonal en 1964 y se sometió a procedimiento quirúrgico en 1972. Desde su identidad masculina adquirió reputación como uno de los mejores periodistas ingleses. Al cambiar de sexo, continuó con su trabajo periodístico. Su autobiografía se llama *Conundrum*.

<sup>6</sup> Bautizado con el nombre de Richard Raskind en 1934, cambió de sexo en 1975. Su lucha legal llevó a la Federación Norteamericana de Tenis a aceptarla para jugar en el campeonato femenino. Entrenadora de Navratilova por algún tiempo, hoy Richards es una respetada pediatra, especializada en cirugía ocular.

cuado, si alguna vez lo fue. Sandy Stone, una transexual de 1970 a quien Janice Raymond atacó identificándola plenamente, escribió en 1991:

Además de la complicidad obvia [de la información autobiográfica de los hombres que se convertían en mujeres] con el concepto del hombre blanco occidental de lo que es el género performativo, los autores refuerzan la idea binaria de identificación. Van de ser hombres sin ambigüedades, a veces infelices, a ser mujeres sin ambigüedades (286). No hay territorio intermedio.

Su artículo es un intento de superar esa posición.

Como resultado de una mayor apertura, las cifras han comenzado a cambiar. Antiguamente se creía que la mayoría de transexuales había nacido hombre y quería convertirse en mujer. Ahora un número similar de hombres y mujeres acuden a los procedimientos médicos para cambio de sexo (Bloom 38-49). Para aquellos transexuales que cambian de mujer a hombre, las técnicas aún son bastante inadecuadas y la reconstrucción del aparato genital carece de prioridad médica. En su perfil de mujeres que buscan su transformación en hombres, Amy Bloom cita a algunas de ellas diciendo que los cirujanos están más entusiasmados con el procedimiento que ellas mismas. Bromean acerca de ahorrar el dinero de la operación para viajar, comprar una casa o simplemente disfrutar la vida. Ninguna insiste en una rígida identificación de género. De acuerdo con una de las personas entrevistadas por Bloom para el artículo del *New Yorker* “el asunto del género no es el centro de mi vida. Macho-hembra, yo ya ni entiendo de eso. Y además me parece que no importa demasiado” (40).

Cuán diferente es esta posición de la de Agnes, uno de los primeros transexuales a quien Harold Garkinkel entrevistó durante varios años, desde 1958, cuando ocurrió el cambio de sexo. Agnes estaba disgustada con su pene, y su existencia giraba en torno a lograr salir del objeto indeseado y adquirir una vagina heterosexual y útil (Garfinkel, el capítulo 5). Pero aún en esta historia no es claro si Agnes realmente se sentía así o deseaba convencer a los médicos para acceder a la cirugía.

En la medida en que el transgenerismo se está convirtiendo en una manera más mediante la cual las personas deciden su identidad de género, y las transformaciones se vuelven más sencillas quirúrgicamente y más económicas, los cambios no suponen largos y dolorosos tratamientos para quienes son señalados por la sociedad y se consideran un “error de la naturaleza”. Así mismo, las transformaciones quirúrgicas se han vuelto más opcionales, menos importantes en la experiencia transgénica. A medida que la gente sale del clóset es más sencillo pensar en lo que cada uno quiere y necesita, y a veces esto es una personalidad pública, o una

gama de personalidades, más que una transformación genital quirúrgica necesariamente privada.

El asunto que debe ser considerado por la ciencia es la manera de reconciliar estas nuevas formas de ver el sexo y el género, con la idea de que existen y pueden probarse tajantes diferencias entre la forma en la cual hombres y mujeres viven sus procesos de aprendizaje, tienen habilidades matemáticas, poseen estructuras cerebrales distintas, etc.

Para entender tanto la motivación como los resultados de esta investigación, tal como se señaló, se debe tener en cuenta que los científicos occidentales vienen prejuiciados por la idea binaria masculino/femenino. Con ese modelo como marco teórico inicial los científicos se dedican a buscar los atributos que distinguen a los dos grupos. Cuando hallan (como deben hallar) que en ciertos aspectos las mujeres y los hombres son prácticamente indiferenciables, buscan las diferencias mínimas o que puedan aparecer ocultas para hacer énfasis en ellas. No debe sorprender entonces que el énfasis sea en la diferencia y no en la similitud. Así, la dicotomía de dos y sólo dos sexos o géneros se impone sobre una gama heterogénea de cuerpos, sentimientos y mentes.

En cuanto a los procedimientos quirúrgicos, cuando los pediatras se ven enfrentados a la sexualidad ambigua de un bebé y resuelven la situación viendo cuál operación resultará exitosa, los psiquiatras y los médicos que enfrentan a sus pacientes adultos también los ven a través de los lentes binarios y así el asunto se reduce a si la *psyque* debe corresponder con el aparato genital o viceversa. No hay terreno intermedio. En contraste, y en parte por la influencia de las teorías feministas acerca del sexo y del género, las personas transgenéricas han comenzado a ver las distorsiones que ese tipo de marco produce y la gama de posibilidades que se abre en el arcoiris existente entre los dos polos.

Ha llegado el tiempo para que los científicos, los médicos, se quiten sus lentes binarios y en vez de explorar qué es masculino y qué es femenino, trabajen en aquello que no pertenece a ninguno de los dos polos y que nos hace ser lo que somos. Todos, hombres y mujeres, somos muy parecidos y muy diferentes los unos de los otros. Grandes distorsiones científicas han resultado de ignorar las similitudes. Un paradigma que privilegie la fluidez generará otras preguntas y otras respuestas, descripciones y análisis, por fuera del marco binario. Los científicos necesitan explorar las implicaciones de este paradigma: un continuo arcoiris de sexo y género.



## Obras citadas

- Birke, Lynda y Ruth Hubbard, eds. *Reinventing Biology: Respect for Life and the Creation of Knowledge*. Indianapolis: Indiana UP, 1995.
- Bloom, Amy. "The Body Lies". *New Yorker* (1994): 38-39.
- Bornstein, Kate. *Gender Outlaw: On Men, Women, and the Rest of Us*. New York: Routledge, 1992.
- Cronon, William, ed. *Uncommon Ground: Toward Reinventing Nature*. New York: W. W. Norton, 1995.
- Fausto-Sterling, "The Five Sexes: Why Male and Female Are Not Enough". *The Sciences* (1993): 20-24.
- Fried, Barbara. "Boys Will be Boys Will Be Boys: The Language of Sex and Gender". *Biological Woman - The Convenient Myth*. Eds. Ruth Hubbard, Mary Sue Henifin y Barbara Fried. Cambridge, Mass.: Schenkman Publishing, 1982.
- Garber, Marjorie. *Vested Interests: Cross-Dressing and Cultural Anxiety*. New York: Routledge, 1992.
- Garfinkel, Harold. *Studies in Ethnomethodology*. Englewood Cliffs, N.J.: Prentice-Hall, 1967.
- Gross, Paul y Norman Levitt. *Higher Superstition: The academic left and Its Quarrels With Science*. Baltimore, Md: Johns Hopkins UP, 1994.
- Herdt, Gilbert. "Mistaken Sex: Culture, Biology and Third Sex in New Guinea". *Third Sex, Third Gender: Beyond Sexual Dimorphism in Culture and History*. Ed. Gilber Herdt. New York: Zone, 1994.
- Hubbard, Ruth. *The Politics of Women's Biology*. New Brunswick, N.J.: Rutgers University Press, 1990.
- Imperato-McGinley, Julliane et al. "Androgens and the Evolution of Male Gender Identity among Male Pseudohermaphrodites with 5-Alpha Reductase Deficiency". *New England Journal of Medicine* 300 (1979): 1235-36.
- Kessler, Suzanne J. y Wendy McKenna. *Gender: An Ethnomethodological Approach*. Chicago: Chicago UP, 1978.
- Kessler, Suzanne. "The Medical Construction of Gender: case Management of Intersexed Infants". *Signs* 16. (1990): 3-26.
- Money, John y Anne A. Ehrhardt. *Man and Woman, Boy and Girl: Differentiation and Dimorphism of Gender Indentity from Conception to Maturity*. Baltimore, Md.: Johns Hopkins University Press, 1972. En español: *Desarrollo de la sexualidad humana: diferenciación y dimorfismo de la identidad de género desde la concepción hasta la madurez*. Madrid: Morata, 1982.
- Oudshoorn, Nelly. "Endocrinologists and the Conceptualización of Sex, 1920-1940". *Journal of the History of Biology* 23. (1990): 163-86.
- Raymond, Janice. *The Transsexual Empire: The Making of the She-Male*. Boston: Beacon, 1979.
- Rothblatt, Martine. *The Apartheid of Sex: A Manifesto on the Freedom of Gender*. New York: Crown, 1995.
- Soulé, Michael y Gary Lease, eds. *Reinventing Nature? Responses to Posmodern Deconstruction*. Washington D.C.: Island Press, 1995.
- Stone, Sandy. "The Empire Strikes Back: A Posttranssexual Manifesto". *Body Guards: Cultural Politics of Gender Ambiguity*. Eds. Julia Epstein y Christina Straub. New York: Routledge, 1991.

